

EL PISHTACO

Dos empleados de un próspero comerciante de Lamas, habían partido rumbo hacia Tarapoto por la madrugada alumbrándose con linternas llevando consigo diez acémilas cargadas con fardos de algodón, café, balata, cacao, etc. El avance del grupo era lento porque el camino de herradura era angosto y la penumbra de la noche era matizada por el tenue alumbrar de los ninakuros y el canto lejano de los gallos que anunciaban un pronto amanecer.

El ánimo de los empleados era óptimo como siempre.

- "¿Qué hora llegaremos?" Preguntó Mashico.

- "¡Quizás a las 7.00 de la mañana!" Contestó Pepe, el responsable de la caravana.

- ¡Ojalá no suceda percance alguno! opinó el primero.

La opinión vertida por éste fue tomado como presagio, un aviso agorero, en fin un anticipo de algún suceso imprevisto. Pepe, pretendiendo pasar desapercibido lo advertido, calló y caviló mientras avanzaba la caravana de caballos. De repente vino a su memoria el comentario de la aparición del temido pishtaco, que con la audacia y el sigilo de un personaje de fantasía, les aparecía a muchos viajeros para quitárselos sus pertenencias.

Al cruzar Chupishiña, luego de pasar Rumisapa se encuentran con otros viajeros que llegaban en sentido contrario y con ánimo de descansar y saciar su sed.

Pepe pregunta a uno de ellos.

- ¡Paisanos! ¿De dónde vienen?

- ¡De Morales! Contesta el aludido.

- ¿Qué llevan? Mazos de tabaco para cambalachear, agrega el otro.

- ¡Tal vez han visto a alguien? Vuelve a preguntar.

- ¡No! Replica el aludido.

Luego de varias horas de caminata arriban a Tarapoto, después de chimbar la quebrada de Cumbaza y atravesar Morales, descargan los bultos de café, lo pesan y hacen entrega oficial de los productos transportados a la Casa Comercial Israel y Cía.

Después de transar otros negocios con otras compañías, llega la hora de retornar y las acémilas son cargadas con fardos de tela, cajones de machetes y hachas, bidones con kerosene y otros productos. La partida es casi al mediodía y cada uno de los empleados se agencia de su hambre. Al llegar a Cumbaza, el grupo hace un alto para tomar sus alimentos. Concluida la degustación parten con un abrasador sol rumbo a Lamas, pero con las precauciones del caso. Al arribar cerca de Chambira, sorpresivamente hace su aparición un personaje muy temido por los viajeros: el pishtaco, llamado también Sigwas. Era de contextura alta, tez ruda, cara ancha y con bigotes, vestido de blanco semejándose a un bulto. Repuestos de la sorpresa, rápidamente uno de ellos se lanza al monte, escondiéndose, dejando sólo a Pepe, quien tuvo que afrontar la situación frente al intruso que obstruía el paso del grueso de la caravana y más aún las bestias de carga al detenerse comenzaban a apretujarse produciéndose cierto desbande.

Pepe sabía por rumores de otras personas que el personaje que tenía al frente le gustaba asaltar y violar mujeres, demostrando serenidad entabla conversación:

- ¡Buenas tardes señor!

- ¿De dónde vienen y hacia dónde van? Pregunta el intruso.

- ¡Venimos de Tarapoto y llevamos diferentes productos hacia Lamas de nuestro patrón! Contesta.

- ¿Y qué llevan? Volvió a preguntar el asaltante.

- ¡Llevamos combustible como kerosene, sables, hachas, telas y otras cosas menores! Respondió Pepe.

- ¿Has encontrado a alguien en el trayecto? Preguntó de nuevo.

- ¡A ninguno! Contestó un poco aturdido Pepe.

Como una bendición divina recordó que al personaje que tenía enfrente le gustaban las personas del sexo femenino, por lo que urde una mentira, y sacando fuerzas de flaqueza, le manifiesta:

- ¡Señor! Hace unos minutos se cruzaron en nuestro camino, dos señoritas, y nos manifestaron que iban rumbo a Tarapoto.

Adoptando una actitud de un fingido agradecimiento, despidióse con mirada morbosa aceleró sus pasos rumbo a sus supuestas víctimas. Libre de tan enojoso percance, Pepe reagrupando a sus acémilas y con su acompañante, reanudó viaje hacia su destino.